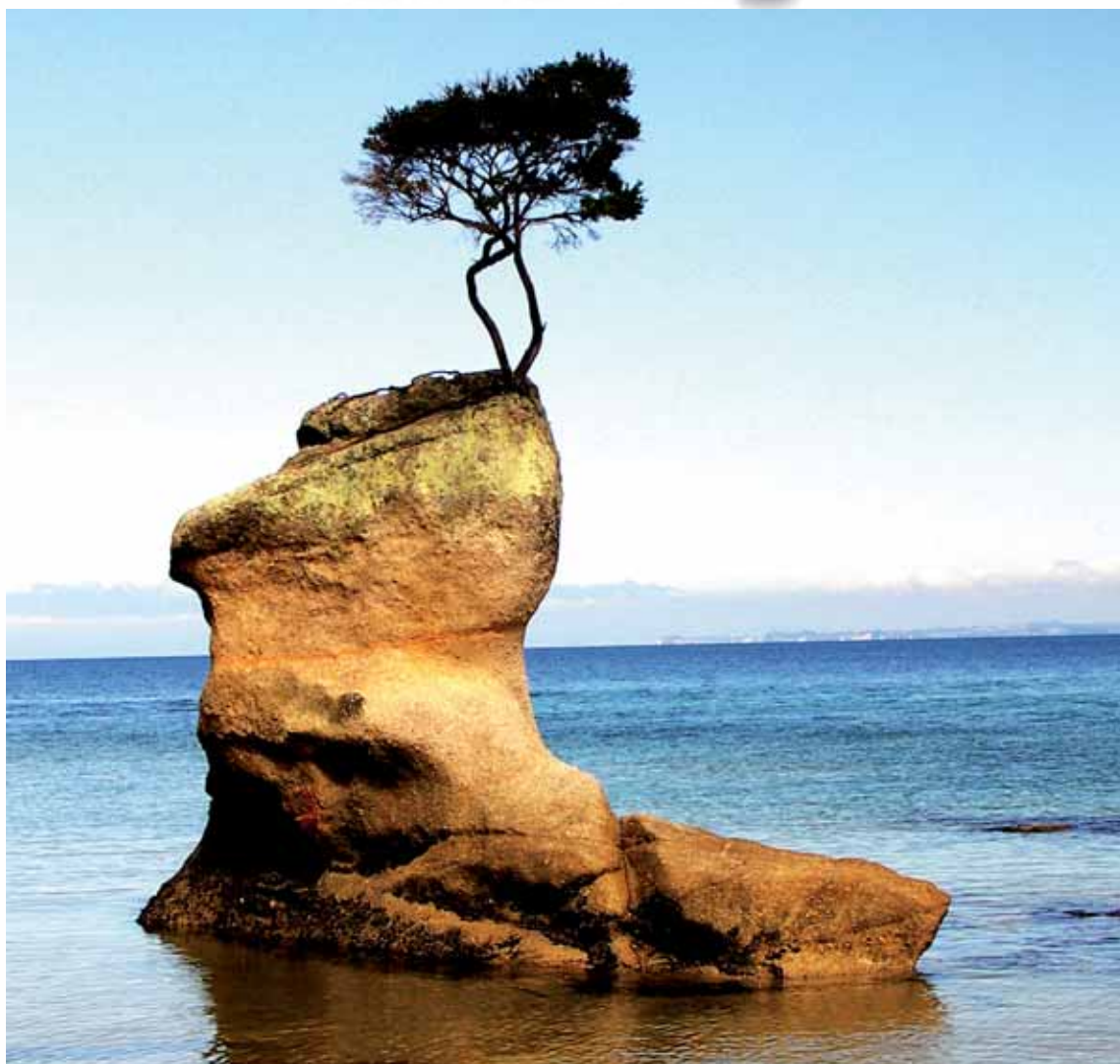


Reflexiones en torno a...

Dossier

La esperanza en Cuba hoy



El DOSSIER constituye un espacio de la revista que pretende ofrecer, en cada número, un conjunto de reflexiones acerca de alguna temática relevante.

Atentos a la sugerencia del destacado intelectual Víctor Fowler, nuestro Consejo Editorial se propuso convocar a un grupo de personalidades para discernir acerca de la esperanza en Cuba hoy. Respondieron a nuestro cuestionario la socióloga Mayra Espina; el director de la revista *Palabra Nueva*, Orlando Márquez; el filósofo Alexis Jardines; el coordinador de la Red Observatorio Crítico, Mario Castillo; así como el sacerdote Ariel Suárez. Una vez compiladas las respuestas, se le mostraron a Víctor Fowler quien quiso compartir con nosotros una reflexión sobre el tema, que también aparece en este dossier.

1. ¿Qué es para usted la esperanza?

-Mayra Espina: Definiría la esperanza como la convicción de que en toda situación y contexto, incluso en los más dramáticos y negativos, existe siempre al menos una opción de actuar para modificarlos, un camino alternativo de mejoramiento humano, pero que solo se devela si aparece la voluntad consciente de encontrarlo y transitarlo. No es un camino dado, sino construido.

Es una convicción que puede ser individual, colectiva o social, pero en cada una de esas escalas y matices tiene expresiones diferentes. La esperanza social, que me interesa especialmente, aunque está conectada con las esperanzas individuales y grupales, no es el resultado de la sumatoria de estas, que pueden ser muy limitadas y específicas o



Mayra Espina

concentradas en el mundo privado y familiar. La esperanza en el plano social es una entidad propia, una percepción intersubjetiva compartida de posibilidad de destino común en una sociedad dada, que solo se despliega cuando puede haber concertación entre diferentes, debate, búsquedas conjuntas y cuando hay oportunidad de conectarse con el bien común y resonar con él. Los contenidos de este bien común pueden entrar en contradicción con intereses individuales, privados y grupales, pero también pueden entrañar una manera de realización de tales intereses.

La esperanza, en el plano social, incluye, a mi modo de ver, cinco elementos básicos: una posición ética, la creencia, para decirlo con las claras palabras martianas, en el mejoramiento humano y en la utilidad de la virtud; una perspectiva utópica, la identificación de un horizonte concertado de posibilidades de progreso futuro; la disposición a la concertación en la diversidad (incluso en el conflicto y en la contradicción), a escuchar y comprender al otro, a proponer, discutir y aceptar perspectivas de cambio diferentes a las propias, a negociar y encontrar, quizás, terceras vías; la solidaridad, la priorización alegre de las necesidades del otro necesitado o carente, la sensibilidad para distinguir a ese otro; y una opción por la praxis, el imperativo de actuar, individual y colectivamente, con responsabilidad, para que se cumplan las esperanzas.

Hay otra arista de la esperanza que se ha abierto en el campo epistemológico, que es la idea del sociólogo y complexólogo francés Edgar Morin, de lo que él ha llamado "el principio de la esperanza". Se trata de que la noción de progreso social, que corresponde a la ciencia positivista y evolucionista, lo entiende como una ley ineludible, como un proceso cuasi lineal y natural, propulsado por

determinaciones objetivas, más allá de la acción y de la voluntad humana, que conduce a las sociedades por derroteros de ascenso modernizador inapelables, a veces en zig zag y con retrocesos y contradicciones, pero con una resultante final ascendente. De aquí se desprende una lectura de la historia como proceso ascensional sistemático ininterrumpido.

Frente a esta noción de progreso que considera engañosa, Morin propone a las ciencias sociales el principio de la esperanza, para el cual el progreso es apenas posible (su posibilidad es la esperanza), pero no inevitable, ni es una certidumbre. Podemos no progresar, no toda la historia humana puede contarse en clave de progreso, no en todos los acontecimientos puede discernirse un fondo progresivo, oculto quizás en una apariencia regresiva, también retrocedemos o nos paralizamos. Así, el futuro no pertenece, por ley divina o natural, a una sociedad mejor que llegará por su propio peso, sino que depende de lo que seamos capaces de imaginar, compartir y construir.

Tal principio coloca la responsabilidad humana por los destinos sociales en primer plano e incorpora el mundo de los valores y la ética, así como el compromiso por los rumbos del cambio, es decir, el involucramiento público y político, como legítimos componentes de la racionalidad científica. Tan relevante es entonces el sentido de la esperanza, que la ciencia lo coloca ahora como un principio para comprender la realidad.

La religión cristiana le ha concedido, desde siempre, el estatus de virtud teologal. Pero quiero enfatizar el hecho de que, más allá de la fe religiosa en la Divina Providencia, la esperanza cristiana reclama del creyente voluntad de acción y compromiso práctico.

-Orlando Márquez: Como sugiere el término, considero que la esperanza está relacionada con lo que espero, lo que no conozco pero sé que es posible, y como lo espero, debe ser mejor que lo que ya he logrado. Si fuera algo conocido, ya vivido o no muy agradable, no lo esperaría del mismo modo, y no pondría en ello mi esperanza. A veces tenemos la convicción de que algo malo sucederá, es inevitable, lo esperamos, pero no significa que pongamos en ello nuestra esperanza; de hecho la esperanza en ese caso, sería que lo malo no llegara o que pasara pronto. De modo que la esperanza la veo estrechamente vinculada a lo positivo y bueno.

Puede incluso haber muchas esperanzas en la vida de una persona. De hecho casi siempre esperamos algo o alguien. Puede ser incluso el deseo de algo bueno, si bien la esperanza es más, mucho más que un deseo. Tal vez, por la misma razón, cuando hemos alcanzado lo que esperábamos, aquello que había sido antes nuestra esperanza, buscamos entonces una nueva esperanza. Esta es la condición humana, porque después de todo la esperanza es una cualidad únicamente humana, denota confianza, o fe, y razón, por tanto no se encuentra en ningún otro ser vivo.



Orlando Márquez

Claro que, como hombre de fe, la esperanza tiene también para mí otra dimensión. La esperanza está signada por la fe, y es ya virtud. Para el cristiano la esperanza es Cristo. Mi esperanza está puesta en la plenitud que se me ha prometido —y que yo debo esforzarme por alcanzar—, el todavía-no, como llaman algunos, pero ya presente en Cristo resucitado. Sé que Dios se hizo presente en este mundo en condición humana, por tanto la promesa de futuro está ya presente en mi vida aquí y ahora. Esa es la gran esperanza del cristiano, la que nadie nos puede quitar y será siempre esperanza aún en medio de la desesperanza. Entonces, como cualquier ser humano, puedo tener varias esperanzas a lo largo de mi vida, pero sé que ninguna me va a satisfacer plenamente, porque mi gran esperanza, mi verdadera esperanza, está signada por mi fe religiosa, y mi fe esta puesta en Cristo. Nada se compara a esta esperanza cristiana, que se funda en el Dios que se hizo presente, que me llamó a mí, se me mostró y se comprometió conmigo, que me invita a comprometerme con mi propia realidad —mi fe, por tanto, no es opio ni evasión—, al tiempo que me permite ver los límites de este mundo, donde no puedo alcanzar la felicidad plena, por mucho que alguien me lo prometa.

-Alexis Jardines: Pudiera decir que es una virtud teologal —en correspondencia con su interpretación religiosa—, un sentimiento, un estado psicossomático, una actitud, una disposición anímica, una simple expectativa. Pero todo ello no ayuda mucho, realmente. Más interesante se me antoja la relación que tal noción (y no se tome esto último como una definición) guarda con el tiempo. Es claro que se trata de algo que existe en una dimensión temporal, ligado al sentido interno y no —al menos de



Alexis Jardines

un modo explícito— a la realidad exterior. Yo soy muy poco dado a las definiciones. Estoy formado en la tradición hegeliana de pensamiento para la que toda definición, siguiendo a Spinoza en este punto, es una negación (*omnis determinatio est negatio*). De-finir es también eso: poner límites, establecer fronteras, hacer finito o finiquitar, es decir, dar término, acabar. En clave hegeliana esto se traduce en una situación en la que el pensar, a nivel del entendimiento (pero de ningún modo como razón) no se mueve de su sitio, sino que se atasca en un bregar extrínseco y carente de concepto: es lo que Hegel llama propiamente representación. Si mediante este proceder intentamos decir, por ejemplo, que «la esperanza es...», la misma cópula **es** promueve ya la exterioridad y la finitud que imposibilitan el avance real del pensamiento.

En un caso como este el sujeto recibe de un modo extrínseco sus determinaciones (predicados), lo que establece, según el filósofo, una separación entre el saber y la verdad. La eliminación de esta situación por el pensamiento mismo es su verdad. Se trata, pues, de la concepción de la verdad en desarrollo —opuesta en este punto al modelo tomista de la verdad como *adaequatio*— donde el automovimiento del concepto ocupa el lugar de ese reflexionar extrínseco que suele expresarse en definiciones y que, como ya se dijo, vive en la creencia que de un lado está el saber y del otro la verdad. Esto viene a decir que la única definición válida de «esperanza» es el desarrollo pleno de la dialéctica inmanente que encierra el concepto (su comprensión), pero esto ya no es una definición. De modo que arriesgar definiciones es una empresa poco fecunda, aunque necesaria cuando se trata de la comunicación. Yo, como filósofo, no tengo ninguna definición de esperanza, aunque se supone que tal término significa algo para mí de manera inmediata. En este sentido, su pregunta es correcta y me veo obligado a contestarla: entiendo por esperanza una suerte de energía espiritual (Bergson) que nos ayuda a sobrevivir el presente adverso al tiempo que nos mantie-

ne próximo y posible un futuro placentero y/o redentor. Ya había dicho que el acento estaba en lo temporal.

-Mario Castillo: La esperanza es una disposición espiritual donde convergen felizmente la capacidad de hacer del individuo con la potencialidad identificada en la realidad circundante. La esperanza parte de una necesaria formación acerca de la realidad. Quien no quiera ejercerla para no dejar de ser realista deberá paralizar su intelecto y buscar la mejor manera de idiotizarse. Esperanzar —parafraseando a Ortega y Gasset— es exagerar. Es presionar lo posible a partir del convencimiento de lo justo y necesario de nuestras aspiraciones individuales y colectivas. En síntesis, la esperanza es la capacidad de proyectar futuros posibles a partir de nuestra actividad creativa libre. Lo contrario de la esperanza no es el pesimismo, que es igualmente fruto de una actitud consciente e igualmente soberana, sino la ilusión.

-Pbro. Ariel Suárez: La Esperanza es una virtud teológica, junto con la Fe y la Caridad. Teológica significa que es Don, Regalo de Dios, pero virtud viene del latín y podemos traducirlo por fuerza, vigor. Por tanto, es un Don de Dios entregado a la fuerza, al vigor del hombre, a su libertad.

Esperanza está siempre vinculada a Promesa. Esperamos algo que no tenemos, y que casi siempre se nos ha prometido por alguien en quien confiamos, de quien nos podemos fiar por lo que representa para nosotros. Esperamos también a alguien que no ha llegado y nos ha prometido venir. En ese sentido, la Esperanza teológica es la “confianza en las Promesas de Cristo”.

Y la promesa de Cristo es básicamente una sola. Los cristianos nos referimos a ella con un lenguaje simbólico: el Cielo, la Bienaventuranza Eterna, el Reino de Dios. Todas esas expresiones quieren indicar a Dios mismo. El objeto de la Promesa de Cristo es Dios mismo, que quiere compartir Su Vida con nosotros, para siempre. Confiar en ello es tener Esperanza teológica.

Junto a esa gran Promesa de Cristo, señalamos otras que se derivan de ella, por ejemplo: Jesús nos ha prometido la cruz a los que queremos seguirlo, como camino para llegar a la Resurrección. Nos ha prometido igualmente estar siempre con nosotros por la acción de Su Espíritu Santo, acompañarnos con Sus Sacramentos y con Su Palabra, darnos Su Gracia para vencer el mal y acoger Su Vida. En otras palabras, nos ha prometido todo lo necesario en esta vida para acceder al Cielo.

El creyente en Cristo vive de esa Esperanza con Mayúscula, pero en cuanto hombre o mujer, tiene también esperanzas o expectativas humanas, como pueden ser: conseguir un buen trabajo, mejorar económica o profesionalmente, encontrar la persona adecuada para casarse y formar un hogar, visitar otro país, recobrar o mantener la salud, reencontrar a personas queridas que hace tiempo no ve, establecer proyectos sociales al servicio de otros,

poner su ciencia y su inventiva en función de toda la humanidad o de su nación, entre otras. Todas estas expectativas pueden ser buenas y legítimas, pero no constituyen promesas de Cristo y por eso, no son objeto de la Esperanza teológica. Sin embargo, no están totalmente desvinculadas de la Esperanza con Mayúscula, pues es casi siempre esa Esperanza, la que potencia y estimula al cristiano a crecer en todas sus dimensiones como persona, y a buscar por todos los medios legítimos posibles el bien común. El no creyente también refiere sus esperanzas humanas, implícita o explícitamente, a otra cuestión trascendente, que podríamos denominar el Sentido de la Vida. De hecho, cualquier acto humano implica una elección. Y siempre elegimos algo en lugar de otra cosa, porque consideramos que eso elegido es más sensato o significativo para nosotros que su contrario. La cuestión del Sentido nos llega así en cada acción, motivando y orientando nuestras esperanzas humanas.

2. ¿Qué lugar ocupa la esperanza en la vida humana y en la sociedad?

-Mayra Espina: Bajo la definición anterior, la vida humana sin esperanza se convierte en un transcurso sin sentido e irresponsable, colmado de apatía, criticismo sin brújula, inacción e individualismo.

La esperanza es un sentido de la vida en si misma, a la vez que da un sentido particular a las acciones individuales y colectivas. Acciones desesperanzadas tienden a tener un grado de inmediatez y presentismo tal que impide actuar con responsabilidad por el bien común. Parecería que no puede haber persona virtuosa y sociedad virtuosa sin esperanzas.

Hace un tiempo leí que en las culturas tradicionales del África Oriental se dice que la desesperación es un hombre y la esperanza una mujer y también una hechicera que abre perspectivas para el camino. El que esa sabiduría antigua considere femenina la esperanza creo que se asocia al sosiego, la comprensión, la paz y la dulzura que se requieren para experimentar la sensación de bienestar futuro posible en medio de la incertidumbre, que son sentimientos vinculados a la maternidad, a la creación de lo nuevo, a la crianza de los hijos. La esperanza se vincula así a la vida nueva, con sus sorpresas por encontrar y los caminos para elegir.

-Orlando Márquez: La esperanza es connatural a nosotros. Mientras vivimos esperamos, tenemos esperanza. La vida misma es una expresión de esperanza, por muy triste o problemática que sea la existencia. De hecho, mientras más frágil o insegura es la vida presente, más pensamos en lo que vendrá, más esperamos del futuro.

Por otro lado, siendo el hombre un ser social, mi esperanza como ciudadano o miembro de una comunidad humana está de algún modo ligada a la esperanza de otros.

Yo espero con otros y en otros.

Esto significa que la esperanza en la sociedad demanda una determinada confianza en los otros, sea en los gobernantes y en el gobierno, en las instituciones y sus responsables, y aún en la propia familia. Cuando pierdo confianza no espero, y entonces ocurre que uno desvía la confianza y pone la esperanza en otra cosa, en otra persona o en otro lugar, porque la esperanza está vinculada con aquello, o aquel, que conmigo la hace posible. Yo no puedo tener esperanza en algo o alguien que no es confiable para mí.

Y si considero que una persona sin esperanza es como una persona sin vida –aunque respire, camine y hable–, una sociedad sin esperanza es una sociedad que ha comenzado a morir o, al menos, ha perdido vitalidad. Es simplemente frustrante, si bien no tiene que ser permanente.

-Alexis Jardines: Lo que sea que se entienda por «esperanza» es importante —qué duda cabe— para la vida social e individual, aunque no puedo asegurar que ocupe tal o cual lugar en el quehacer humano. Ello me obligaría a establecer una jerarquía que no es aconsejable en este caso. Su significado más preciso lo alcanza la esperanza en un plano existencial y, por consiguiente, individual. Por supuesto, en determinada circunstancia se le presenta al hombre como una facticidad objetiva. La esperanza, por ejemplo, puede institucionalizarse mediante esos conocidos mecanismos externalizadores que describen Berger y Luckmann en su ya clásica obra *La construcción social de la realidad*. En cualquier caso, lo que merece la pena destacar aquí es el papel liberador, de equilibrio emocional y, en general, de estructuradora de la personalidad



Mario Castillo

que puede jugar eso que llaman esperanza. Es evidente que mediante ella el hombre llega a autoperibirse como ente esencialmente libre y se procura una atmósfera alentadora y optimista. Pero, si la motivación es negativa, la esperanza puede promover también pseudo realidades. Sin embargo, hay algo peor y es la desesperanza.

-Mario Castillo: La esperanza es una de las expresiones más luminosas, frágiles y palpables del nivel de libertad y autonomía frente a la adversidad. La esperanza denota la potencia actuante de nuestra moral y de la pertinencia de los anhelos que de ella se desprenden, en tanto tengamos la mayor soberanía posible sobre nuestros destinos. En tal sentido me parece muy necesaria la recuperación y profundización de la crítica cultural y antropológica a la condición salarial como una de las relaciones sociales que de manera más sistemática, masiva y silenciosa atenta contra la esperanza.

No olvidemos que el liberalismo clásico, el neoliberalismo (y el liberalismo que se está rearmando en Cuba) ha silenciado el análisis de las consecuencias psicosociales del trabajo asalariado y ha invisibilizado el hecho de que el código de gobernabilidad en estado puro --desde cualquier chinchal de zapateros asalariados hasta una industria de tecnología de punta-- descansa sobre la autocracia de la administración/patrón que prescinde, siempre que puede, de la división de poderes y del sistema representativo que le es tan caro a la democracia, a lo cual los socialistas autoritarios, desde Lenin hasta el Che Guevara, no han agregado nada nuevo.

En un ambiente como este la esperanza se convierte en un "asunto de artistas" y en pasto de canciones melosas, e inevitablemente se degrada en ilusión. Si bien la esperanza ha sido y es propia de creadores libres, conscientes de la potencia transformadora de su hacer sobre la realidad, la ilusión es un producto psíquico de individuos castrados en su capacidad de auto-organizar su existencia, tal y como ha sido abordado en la literatura por autores como Teodore Dreiser en *Sister Carrie*, Nicolai Goncharov en *Oblokov*, o en *Alma de paloma* de Antón Chéjov y en *Tristana* de Benito Pérez Galdós.

En cambio, una revolución social -más allá de la consigna que sirve para maquillar los específicos intereses estatales de su auto-reproducción, disfrazándolos con un concepto prestigioso- es un hecho de creación colectiva, donde los colectivos soberanos autoorganizados son el artista. Hace muchos años que debimos pasar de los "Comités de Defensa..." a los "Comités de Desarrollo de la Revolución" y en esto el bloqueo no ha sido un obstáculo, sino una oportunidad práctica tremenda, secuestrada por los mismos que desde 1982 formularon la "doctrina de la guerra de todo el pueblo", en la cual, con otras palabras, reconocen que las colectividades organizadas de manera local y descentralizada, son la mejor defensa a la agresión imperialista -a lo que agregaríamos nosotros, que también lo son para la creación de una auténtica, plural y rica

cultura socialista, nacida desde las necesidades más primarias de la defensa, de la alimentación y de la vida en colectivo-. La "nueva sociedad" comienza aquí, ahora y en cada momento, si no nunca nacera.

-Pbro. Ariel Suárez: Después de las precisiones formuladas al responder la primera pregunta, a partir de ahora consideraré básicamente la esperanza como el dinamismo humano presente en todo hombre, orientado a un futuro mejor para él y para sus semejantes, pues tengo la impresión de que es así como la entiende la mayoría de los seres humanos. Creo que en esta definición podemos concordar cristianos y quienes no lo son. El futuro absoluto para el cristiano es Cristo y Su Promesa de Vida Eterna. El no cristiano, aunque sólo tenga sus esperanzas cifradas para este mundo y esta tierra, sueña legítimamente con un futuro mejor, y tratará de conseguirlo por todos los medios posibles.

Si bien es verdad que cada hombre o mujer puede tener esperanzas concretas, y en ese sentido diversas de las de los demás, hay también un cúmulo de esperanzas comunes a las que todo ser humano aspira. Todo hombre o mujer quiere ser amado y poder amar, quiere ser respetado, comprendido, acogido con benevolencia por parte de los demás. Todo ser humano quiere que sus derechos les sean reconocidos, sean estos de carácter individual o colectivo. Todo hombre o mujer sueña con ser feliz y vivir en paz.

No hay ser humano sin esperanza, por mínima, superficial o egoísta que parezca. La esperanza pertenece al ser del hombre, a su naturaleza. Ella es ese dinamismo que hace que el hombre sueñe, trabaje, se sacrifique por un futuro mejor. En la realización de las esperanzas humanas están implicadas todas las dimensiones específicamente humanas: el pensar, el proyectar, el querer, el hacer. Por eso la esperanza es imprescindible para la vida humana y para la sociedad. Sin esperanza, el hombre queda mutila-



Pbro. Ariel Suárez

do en su ser hombre. El ser humano sin esperanza es alguien que se ha autosuicidado, que ha renunciado a vivir, no en el sentido biológico del término, sino en el sentido antropológico, ha renunciado a vivir como humano.

Las esperanzas compartidas generan también una vida mejor y más humana en el ámbito social y suelen ser catalizadoras de proyectos y de iniciativas que liberan a las sociedades del peligro siempre real del estancamiento y el desencanto. Las esperanzas de muchos, asumidas responsablemente por muchos, contribuyen a una vida social más feliz, más plena, más armoniosa.

3. ¿Qué nos diría de la esperanza en Cuba hoy?

Mayra Espina: Como socióloga, acostumbrada a valorar los problemas sociales reuniendo y evaluando evidencias y datos, develando matices diversos, consultando opiniones diferentes, interrogando personas de los más disímiles grupos sociales, me resulta difícil emitir un juicio sobre un tema que no he investigado directamente, como es este caso, y rehúso enunciar generalidades sobre la sociedad cubana, pues con frecuencia los enunciados generales invisibilizan la diversidad de situaciones y posturas realmente existentes, o se corre el riesgo con ellos, de presentar la opinión propia como si caracterizara a la sociedad en su conjunto.

Me arriesgo a aventurar una respuesta a esta pregunta de *Espacio Laical* en el entendido de que otras personas también la responderán y el lector tendrá la posibilidad de encontrar aristas distintas y no una opinión única.

Probablemente en la identidad nacional cubana, la esperanza ocupe un espacio destacado, puesto que es una nacionalidad que se ha ido fraguando a través de proyectos, de una idea imaginada y luchada (la independencia, la revolución social, el bienestar, el desarrollo), proyectos muchas veces frustrados, contrariados o pospuestos, que ha habido que rescatar y reemprender sistemáticamente. De manera que creo que somos una sociedad esperanzada como rasgo de su propia identidad.

Pero mirando al presente e imaginando el futuro, es necesario introducir algunos matices a esa identidad esperanzada. En primer lugar, me parece necesario comentar que la Revolución cubana de 1959 representó el cumplimiento y el reavivamiento de las esperanzas de los más amplios sectores sociales y ha sido una fuente de esperanza, por su labor social sostenida, que forjó lo que muchos llamaron el optimismo social generalizado de los 80s. Pero la crisis de los 90s y sus expresiones de onda larga posteriores, y la crisis actual, han significado postergar indefinidamente las expectativas de bienestar y un horizonte de avance que supere el nivel del amparo para la sobrevivencia y las conquistas sociales de salud y educación para todos, y tales circunstancias suelen generar agotamiento y escepticismo sobre las posibilidades del futuro.

En segundo lugar, creo que es necesario considerar que la sociedad cubana vive internamente un momento caracterizado por una alta heterogeneidad social (fortalecimiento y aparición de nuevos grupos sociales, aumento de las desigualdades, empobrecimiento y enriquecimiento, etc.) y por procesos de cambio contradictorios (estrategias desde la esfera política no siempre coincidentes con los intereses y las propias estrategias familiares e individuales, diferenciación territorial, apertura de nuevas oportunidades económicas restringidas y a las que no todos tienen acceso, entre otros), de lo que puede inferirse, al menos, que este debe ser un momento de elevada diversidad en los contenidos de la esperanza entre diferentes grupos sociales, lo que hace difícil su concertación en un ideal común.

En tercer lugar, considerando que diversos estudios sociales dan cuenta de un proceso de repliegue hacia los valores y motivaciones de la esfera familiar e individual, que tiene como correlato el descomprometimiento con proyectos colectivos o al menos el debilitamiento de estos compromisos, así como del anquilosamiento de las estructuras, instituciones y mecanismos de participación social y política formales, limitadas también por los excesos de centralización, verticalismo y paternalismo de la esfera política y del Estado, es presumible que sea este un momento difícil para el anclaje entre las esperanzas individuales y un proyecto de país, para la construcción de una esperanza social compartida, especialmente porque los mecanismos para visualizarla, discutirla y compartirla no son los más adecuados.

En cuarto lugar, la devaluación del salario real y de las pensiones y jubilaciones, la caída que estas fuentes de ingreso experimentaron en su capacidad para satisfacer las necesidades básicas con la crisis de los 90s y que no se ha recuperado aun, ha generado toda una gama de acciones ilegales, semilegales, informales, socialmente legitimadas o no, conductas corruptas disímiles y una especie de "sálvese el que pueda", que refuerza el individualismo, debilita las solidaridades y disgrega y polariza las aspiraciones y expectativas, con lo que la visibilización del bien común se hace más compleja.

En quinto lugar, dado el alto peso que la migración hacia el exterior tiene en nuestra sociedad, como realidad actuante y como estrategia de vida perspectiva en una proporción significativa de familias y jóvenes cubanos, es obvio que la nación está espacialmente fragmentada y que para muchos la esperanza está en otra parte.

En la otra cara de la moneda observo, sin embargo, varios elementos alentadores: cuando las autoridades han convocado a discutir sobre los problemas y soluciones de la actualidad de la nación la respuesta ha sido masiva, crítica y propositiva; en los proyectos de desarrollo local de diversa naturaleza (productivos agrícolas, culturales, medioambientales, de capacitación, etc.) que se llevan a

Cuando uno considera que todo ha sido alcanzado, que después de este modelo no hay otro, ya no hay nada más que esperar, por tanto no es posible estimular o alimentar la esperanza.

cabo en diversos municipios y comunidades del país, muchos de ellos con apoyo de la colaboración internacional para el desarrollo, los actores locales se involucran y generan múltiples iniciativas de autotransformación; las personas se autoorganizan y movilizan por intereses propios compartidos, con o sin vínculos con la institución formal, para lograr objetivos y metas disímiles y se apoyan solidariamente en eventos difíciles; las instituciones religiosas refuerzan su acción comunitaria directa y su actividad de concientización en temas relacionados con la ética de la convivencia social; en el mundo académico e intelectual se expanden las investigaciones y debates sobre problemáticas muy agudas de la sociedad cubana actual (las desigualdades, la pobreza, la discriminación, la familia, la juventud, la marginalidad, la vivienda, la crisis económica, la migración, entre otras) y se amplía el diálogo con la esfera de la toma de decisiones; en el mundo del arte es pródiga la intención de mejoramiento social unida a la calidad estética.

En conclusión, es una situación contradictoria, en la cual resulta palpable la presencia de una percepción compartida de necesidad de cambios, llena de esperanzas para quien tiene la capacidad y la voluntad de distinguirla.

-Orlando Márquez: Si mi esperanza está vinculada a la de otros, o a la confianza que me inspiren otras personas o instituciones, no podría responder la pregunta sin referirme al contexto social que impera en Cuba hoy. Nuestra realidad social, la vida de al menos cuatro generaciones de cubanos, ha estado marcada por un proyecto social muy específico, que identificamos con el nombre de socialismo, forjado en el molde soviético y estalinista. Yo no sé si es posible otro tipo de socialismo, algunos hablan del socialismo del siglo XXI, pero el que yo conocí es el del siglo XX, de esta realidad es que hablo. Claro que, como somos millones, puede haber otros criterios, pero aquí va el mío.

Esta pregunta me recuerda un fragmento de la Carta Encíclica *Spe salvi*, del papa Benedicto XVI, concretamente cuando habla sobre el marxismo y la experiencia soviética. Dice el Papa que la sustitución del reino de Dios por el reino de los hombres, es decir, la supuesta plena y definitiva realización humana y social que ofrecía el mo-

delo marxista-leninista, alentó una esperanza capaz de movilizar y entusiasmar a las multitudes; pero con el tiempo esas multitudes, que en realidad son individuos que conforman una comunidad de personas, descubrieron que esa esperanza se alejaba cada vez más, que era siempre para el futuro pero nunca para el hombre y la mujer del presente, así fue para cada generación. Por tanto, añade el Papa, una esperanza que no se refiere a mí en lo personal, a mi presente y a mi realidad concreta, no es una verdadera esperanza. Esta expresión no es afirmación del individualismo, pero sí del individuo. Yo necesito creer que mi esperanza es posible, de lo contrario no es esperanza, y esto es válido tanto para la esperanza en las posibilidades humanas como para la esperanza cristiana. Cristo vino para salvarnos a todos, en plural, pero se manifiesta a cada uno de forma exclusiva y personal.

En nuestras calles, escuelas, lugares de trabajo o en la misma prensa, pareciera que la palabra esperanza ha desaparecido. No se escucha el término. Se diría que muchas personas han perdido la esperanza, pero a mi modo de ver esta desesperanza no tiene su causa directa en la crisis económica, sino en la esencia misma del modelo social tal como fue impuesto en Cuba. Cuando uno considera que todo ha sido alcanzado, que después de este modelo no hay otro, ya no hay nada más que esperar, por tanto no es posible estimular o alimentar la esperanza. La vida prácticamente se detiene, pierde energías e incentivo, pierde su dimensión de futuridad ante un pasado y un presente que pretende ocuparlo todo. Las quejas o comentarios publicados en la prensa nacional en los últimos tiempos, las críticas a la burocracia y al estancamiento ideológico, incluso los llamados a mejorar el socialismo en Cuba, evidencian un deseo de renovar la esperanza. Como dije antes, necesitamos la esperanza para no morir en vida, necesitamos esperar algo mejor para el mañana, pero algo que se puede realizar de verdad. Y tiene que ser mejor que el presente, porque esperar más de lo mismo no es esperanza. Esa es la esencia profunda de la palabra cambio que escuchamos de forma más frecuente en los últimos tiempos. No se trata ahora de modelos políticos preestablecidos, del eterno dilema que se nos presenta entre socialismo y capitalismo. No. Se trata de un cambio de honda raíz estrictamente humana para renovar la esperanza y lograr condiciones de vida que hagan posible el progreso de la persona y de la comunidad social. Tenemos que rescatar la esperanza.

-Alexis Jardines: La pregunta por la esperanza en Cuba hoy es medular, por cuanto el proyecto revolucionario se apoyó en una retórica idílica que finalmente se estrelló contra la realidad del modo más dramático que quepa imaginar. Como le gustaba decir al célebre Henri Bergson, de diez errores políticos nueve consisten en seguir considerando verdadero lo que ha dejado de serlo. Y

el décimo, acaso el más importante -acotaba el filósofo- en no considerar verdadero lo que en realidad lo es. Uno de los aspectos más insatisfactorios del marxismo soviético, con su énfasis en lo social, es lo que el socialismo real protagonizó como disolución del individuo (en este sentido la religión, que se apoya en la persona, aventaja al socialismo).

Generaciones enteras resultaron manipuladas sobre la base de una ecuación errónea: individualidad = individualismo = egoísmo. En el caso que me ocupa, si la esperanza proviene de un idílico edén —sea religioso o comunista— y no ancla en el individuo, de tal modo que este la sienta como suya (su esperanza) entonces no pasa de ser una estrategia de control. Dicho de otro modo, si la esperanza —y concretándose ya al caso de Cuba— es la del revolucionario (es decir, la de un atributo humano) y no la del hombre real de carne y sangre que, como la Substancia de Spinoza, posee infinitos atributos, entonces aquella solo alcanza a satisfacer a un hombre enajenado, a un ser, por principio, reducido a una sola de sus facetas. En cambio, ningún atributo humano, aun el más elevado, puede llegar a sustituir o a estar por encima del hombre real. Y justo esta reducción («el hombre unidimensional», para utilizar una expresión de Herbert Marcuse), esta des-realización de la persona y su disolución en estrategias discursivas de tipo social desdibuja también toda esperanza auténtica. Lo mismo vale para los propios roles que, necesariamente, desempeña un individuo. La campaña por la integralidad en la educación superior, por ejemplo, entraña un peligroso daño colateral de efecto contrario: descentra al estudiante de su verdadera labor (enajena su esencia, diríase desde el marxismo) y justifica y promueve un alumno fragmentado, mediocre y dócil que, paradójicamente, es beneficiado en términos de oportunidades.

El problema estriba en que esta suerte de neoparametrización al final se expresa en una práctica exclusionista de lógica retorcida: el que tan solo estudia no es revolucionario y la universidad es, por definición, para los revolucionarios. De donde se sigue -quírase o no- que no es conveniente tomarse muy en serio los estudios. Cómo se ve, otra vez los accidentes por encima de la substancia. Semejante situación sirve de escudo protector a un alumnado mediocre, que suple con ideología y utopía su vacío cognitivo del mismo modo que el profesor mediocre suple con metodología su escaso dominio del contenido. Y no hay nada que indique que el porcentaje de los que abandonan el país sea mayor entre los «no-integrales» competentes que entre los «integrales» incompetentes.

Por otra parte, en vano se cifran las esperanzas en la preparación de expertos en detrimento de las humanidades. Si en lugar de savants la universidad produce más bien activistas, agitadores políticos en unas condiciones culturales globales en las que la brecha entre desarrollo y subdesarrollo la determina justo -y exclusivamente- el conocimiento ¿cómo podrá “el coro de los grillos que cantan

a la Luna” (Antonio Machado) hacer frente a los Tanques Pensantes (*Think Tanks*) de las llamadas “sociedades del conocimiento” (P. Drucker)?

La moraleja aquí es que la crítica feuerbachiana de la enajenación religiosa y su posterior desarrollo por parte de Marx son válidos para el caso de la enajenación comunista y, por extensión, de la revolucionaria.

-**Mario Castillo:** La esperanza en Cuba, como en casi todas las sociedades, ha sido superada por la ilusión y, en el mejor de los casos, por el pesimismo. La ilusión convierte las necesidades en deseos y los disocia de sus posibilidades de realización, de ella se deriva la lógica del consumismo, tanto de los que pueden como de los que no pueden consumir. La lógica del pesimismo tiende a concentrar su atención en la formalización de las potencialidades de la realidad. La esperanza, hacia la catálisis de esas potencialidades. El pesimista retira del análisis de la realidad sus deseos y aspiraciones, el esperanzado reconoce en ellos un componente de la realidad que analiza. Uno produce conocimientos creando posibilidades, el otro, deduciendo el sistema de imposibles que ante él se le levanta. En Cuba, como parte del mundo, todo está dispuesto para lo peor.

Por otro lado a los jóvenes cubanos se nos viene convocando desde hace decenios a **ejecutar** objetivos históricos, nunca a **formularlos**. La crítica y la investigación han ido perdiendo terreno en todos los niveles de la enseñanza cubana, frente al predominio de la instrucción, con un sistema de enseñanza estatal, que no falla por lo masivo, sino por lo uniformizante y centralista, en el que todos, maestros y alumnos, queremos huir, porque somos objetualizados.

A estas alturas del juego ya vamos intuyendo que nadie, excepto nuestra capacidad de crear, errar y rectificar colectivamente, nos va a permitir salvarnos de los escenarios de futuro que hemos generado nosotros mismos con la tendencia a delegar responsabilidades en otros “que saben lo que hacen”. Creo que un propósito común en nuestro Observatorio Crítico, más que cultivar un “alternativismo” (que siempre está definiéndose frente al espejo de lo común, de lo dominante, y por ahí se llega a convertir en una mercancía intelectual más), ha sido generar un espacio horizontal de construcción no solo de conocimientos, sino de interacciones, de formas de relacionarnos colectivamente y entonces, desde ahí, ver los conocimientos y perspectivas de análisis que se generan. Algo muy valioso en un contexto institucional verticalizado en extremo como el de nuestro país. Este mismo enfoque es imprescindible llevarlo a la sociedad cubana entera si queremos retomar el camino de la Revolución.

Perder el miedo, a través de la esperanza, es un pequeño y potente recurso, tan pequeño como la fusión del átomo en su inmensidad.

-**Pbro. Ariel Suárez:** En todo lugar y en todo ser hu-

mano, la esperanza es frágil, y siempre está amenazada. Así sucede con los grandes valores humanos y con las realidades más hermosas de la vida humana: el Amor, la Amistad, la Fidelidad, el Compromiso, la Responsabilidad, entre otras. Por eso hay que cuidarlas mucho. Cada día hay que reproponerse la tarea de asumir la vida con esperanza. Cada generación debe reconquistar la esperanza, sus propias esperanzas, las del tiempo y circunstancias que le tocó vivir, y hacerlas fluir en el manantial de las grandes esperanzas humanas y nacionales de todos los tiempos.

Cuba no escapa a esta tensión. En nuestro país hay motivos para la esperanza y otros tantos para la desesperanza o desesperación. Entre los primeros, yo sintetizaría mi respuesta con una frase del difunto y querido monseñor Adolfo Rodríguez Herrera: "lo mejor que tiene Cuba es que está llena de cubanos". Conuerdo perfectamente con él. Sin chovinismos ni falsas exaltaciones, que no contribuyen a nada, yo comparto esa alegría de ser cubano y de percatarme de los valores de nuestro pueblo. El cubano en general es noble, creativo, sociable, amistoso, emprendedor, cariñoso, apegado a su familia y a su tierra, acogedor, con vocación universal. Todo ese potencial, que se manifiesta de múltiples maneras en la cotidianidad nuestra en áreas tan disímiles como las artes, la ciencia, el deporte, la medicina, la educación de los hijos, hace que podamos sentirnos esperanzados.

Pero igualmente encuentro sombras que vienen como a oscurecer esa luz que es la esperanza. Sabemos que la tierra fértil de nuestra patria no está produciendo lo que debería; envejece la población cubana y un por ciento considerable de gente joven y preparada ha emigrado o piensa hacerlo; no siempre nos tratamos como hermanos ni respetamos nuestras legítimas diferencias; cada día percibimos más dificultades económicas y el salario se muestra insuficiente para resolver problemas que aparecen o se agudizan; ha crecido la corrupción en muchos niveles de la vida social. La crisis económica mundial y las catástrofes naturales acaecidas en varios países tampoco son noticias halagüeñas. La gente habla continuamente de ello y también la prensa se ha hecho eco de estas dificultades y aun de otras. Existen también personas que, aunque minoritarias, hay que tener en cuenta, porque representan un grito a todos nosotros desde la desesperación: los que se drogan, los que se inyectan el VHS-Sida, los que se prostituyen, los que atentan contra su vida, los que se refugian en el alcohol, los que se sienten marginados por variados motivos. Urge revitalizar la esperanza de los cubanos, de todos, asumiendo el riesgo de modificar aquello que impide una Cuba más próspera, más sana y más fraterna.

4. ¿Cómo pudiera promoverse la esperanza en nuestro país?

-**Mayra Espina:** Una sola persona no puede tener esa

respuesta, y de hecho responder esta pregunta exigiría una revisión a fondo de toda la vida nacional que no estoy en condiciones de hacer.

Entiendo que esta promoción tendría muchos planos y solo me limitaré a esbozar dos que considero entre los más relevantes sin creer que son únicos ni suficientes. Uno es el político, y tiene la responsabilidad de rescatar un proyecto de país para todos y rehabilitar o reinventar los mecanismos de participación real y el espacio público. Desde él debería abrirse el debate sobre los destinos de la nación, desplegarse un proceso participativo de construcción de un modelo de desarrollo coherente e integral y de una estrategia para ponerlo en práctica, que sea un verdadero movimiento nacional horizontal, diferente de las prácticas de participación limitada a la consulta y la movilización de arriba a abajo, que son las más comunes en el país. Desde este plano también es relevante una transformación de los medios de comunicación, que estos se conviertan en verdaderos espacios de debate, de crítica y de concertación y de reflejo de la diversidad.

El otro plano es el de la educación y la cultura. Necesitamos una educación que nos enseñe más sobre la convivencia en la diversidad, a aceptar y respetar las diferencias, a negociar las agendas, solucionar conflictos y encontrar siempre una posibilidad de solución compartida. Estamos urgidos de una cultura del debate, que nos enseñe a escucharnos, a encontrar en las diferencias una oportunidad de hallar alternativas nuevas y a no vivirlas como obstáculo para concretar nuestros fines.

... los que detentan el servicio de la autoridad deberían promover un proyecto incluyente y abarcador de todos los cubanos, para que, en el respeto debido a las diferencias, se pueda dialogar, soñar y ejecutar ese futuro que, ciertamente, ha de salvaguardar todo lo positivo que tenemos y desechar todo lo que nos empequeñece y daña.

Pero creo que activar ambos planos, y todos los otros necesarios, al final depende de nosotros, de nuestro ejercicio ciudadano esperanzado.

-Orlando Márquez: Debo volver a la primera respuesta: la esperanza está relacionada con lo positivo y bueno que esperamos. Hace ya cuatro años, cuando el presidente Raúl Castro habló por vez primera sobre los cambios estructurales y de conceptos necesarios para reimpulsar la vida nacional, en muchos de nosotros se renovaron las expectativas, es decir las esperanzas, por tener una vida mejor. Creíamos que aquella propuesta era no solo un *slogan*, sino además una prueba de sintonía, de conocimiento y de comprensión de la realidad que vive la mayoría de la población cubana, que es hoy, ciertamente, de frustración para muchos y de retroceso en no pocos campos.

La gente confió en que se abría una nueva etapa, por ello participaron de modo tan comprometido en aquellas asambleas o reuniones donde se invitaba a decir lo que se pensara sobre la vida del país, y hacer propuestas, etc. Sabemos que después el proceso casi se paralizó, pues cuatro años después es bien poco lo que ha cambiado. Pero aquel proceso promovido desde las esferas del poder, que fue positivo en sí mismo aunque no concluyó, indicaba que la gente confió, esperó y renovó esperanzas. No se trataba solo de un deseo por un mañana más próspero, fue también reflejo de comunión entre personas que esperaban compartir un presente y un futuro mejor. Parecía que no sería tan complicado porque, después de todo, el planteamiento íntimo que se hace la mayor parte de la población cubana no es de orden político inmediato, sino humano: tener una vida mejor y más tranquila, más digna, en compañía de los suyos y relacionarse con los demás en ámbito de respeto y armonía.

Quien crea que en la Cuba de hoy nada debe cambiar es porque él/ella, o ellos, no esperan un mañana mejor, ni siquiera para sí, y no es, por tanto, capaz de generar esperanzas. Quien así piense no aporta, solo resta y retrotrae. Lo mismo sucede con quien piense y proponga el regreso al pasado, sea de hace dos décadas o de seis décadas. La esperanza no está en el pasado ni en el presente, sino en el futuro, en el todavía-no. Negarla es negar la vida; y pocas cosas puede haber más bárbaras que destruir la esperanza o negarla.

Pero también hay personas que favorecen la esperanza y se esfuerzan y luchan por avanzar con los demás y creen en un proyecto común de nación, no parcial, no de unos sí y otros no, sino de todos. Si esto no se hace convicción general o más extendida, es bien difícil generar esperanza en la población. Necesitamos convicciones que movilicen la confianza, la fe y la razón de los cubanos, pues es este el único modo de generar esperanza hoy. No es necesario prometer nada, ya no más promesas. Basta con actuar y aceptar el reto de una convicción compartida para el momento presente, un gran reto porque la esperanza no significa andar por un camino suave. Si esperanza es propósito

de avanzar hacia lo que aún no se tiene, pero presuponemos será mejor que lo ya alcanzado, se entiende que es también aceptar, en cierto modo, el camino de la inseguridad, la dificultad y el dolor, si es necesario. Porque la confianza no se "agota" en el paso difícil o doloroso que demos hoy, sino en la meta que alcanzaremos.

Hay un elemento importantísimo que no debe ignorarse y es clave para motivar mi esperanza: la libertad. El exceso de restricciones a la libertad no contribuye a generar esperanza. ¿Cómo esperar algo bueno cuando ni siquiera puedo hacer con mi vida lo que quiero? Y hablo de libertad responsable, no de libertinaje. Pongo como ejemplo lo que sucede con los propietarios de vivienda en Cuba, que creo son el 80 por ciento. Millones de cubanos son propietarios de sus casas, pero solo en el papel. La ley no permite venderla o cambiarla libremente, hipotecarla o convertirla en activo económico, ni siquiera permite regalarla a quien me plazca. Entonces, ¿qué significa ser dueño de algo de lo cual no puedo disponer libremente? Ya aquí hay límites a la esperanza. En la Carta Encíclica *Spe salvi* que antes cité, el Papa hace un diagnóstico magistral de esta dificultad. "El error de Marx –y aquí cito textualmente al Papa–, no consiste solo en no haber ideado los ordenamientos necesarios para el nuevo mundo (la sociedad comunista); en éste, en efecto, ya no habría necesidad de ellos. Que no diga nada de eso es una consecuencia lógica de su planteamiento. Su error está más al fondo. Ha olvidado que el hombre es siempre hombre. Ha olvidado al hombre y ha olvidado su libertad. Ha olvidado que la libertad es siempre libertad, incluso para el mal. Creyó que una vez solucionada la economía, todo quedaría solucionado. Su verdadero error es el materialismo: en efecto, el hombre no es solo producto de condiciones económicas y no es posible curarlo solo desde fuera, creando condiciones económicas favorables".

La esperanza es contraria al inmovilismo y a los límites, y lo mismo sucede con la libertad. Cuando hay demasiadas restricciones a la libertad individual o colectiva, se restringe igualmente la esperanza individual o colectiva.

Cuba ha vivido algunos periodos muy aglutinantes y esperanzadores, momentos o procesos de transformación en los que el cubano pudo captar un ideal común hacia el futuro, una inspiración prometedor, una convicción confiable. Eso generó esperanza, lo cual a su vez despertó los ánimos colectivos, el compromiso, el deseo de arriesgar y sacrificar parte del presente porque las señales sociales indicaban que era posible alcanzar ciertos niveles de progreso, tanto individuales como comunitarios. Me refiero a momentos como el 20 de mayo de 1902, la sanción de la Constitución en 1940 o el triunfo revolucionario de 1959. El contenido de esos procesos inspiró confianza, desató la dinámica progresiva de fuerzas sociales, generó esperanzas. Si bien cada uno de esos momentos tuvo también

su lado oscuro o se desviaron de sus propósitos iniciales, fueron acontecimientos o procesos consecuentes con el espacio y el tiempo de las generaciones del momento, porque no fueron espontáneos, fueron motivados por otros cubanos que estuvieron a la altura de esos momentos, quienes inspiraron confianza, tuvieron capacidad de comunión y comunicación. Para hoy motivar la esperanza en Cuba no es necesario regresar al pasado, bastaría con leer el presente. Los cubanos piden, ya sea en voz alta o por sus actos negativos, menos restricciones, nuevas oportunidades, en fin, una vida más normal. No tengo dudas de que las autoridades saben cómo satisfacer esas demandas, también lo sabemos todos los ciudadanos, por eso tanto unos como otros hablamos de cambios. Cuando los cambios empiecen a cobrar vida entre nosotros, empezará a renacer la confianza y el compromiso, entonces quizás empecemos a ver, una vez más, el renacer de la esperanza en Cuba.

-**Alexis Jardines:** Entiéndaseme bien todo lo dicho: yo no estoy considerando promover la esperanza, ni siquiera al Hombre —mucho menos a ese ser social/unidimensional con instinto de rebaño que tan ajenamente cabe en su propia biografía—, sino al individuo concreto con toda la gama de sus potencialidades. Promuévase al individuo humano (persona) —que debe estar por encima de las instituciones, causas, principios o empresa de cualquier tipo— y todo lo demás se nos dará por añadidura.

-**Mario Castillo:** Como nos dijera hace casi 25 años el poeta Pedro de Oráa, lo actual no es lo presente, es lo **actuante**. Para promover la esperanza en nuestro país hoy, no he encontrado una propuesta más pertinente en su que lo dicho hace 103 años por Rafael Serra, obrero, negro, anarquista, martiano hasta la médula, que en 1907 fundó el periódico *La Voz de Martí*. En su primer número declaró: "(...) ni de Washington, ni de política de partido alguno, sino del país mismo en contubernios asociativos para afrontar problemas diversos y puntuales y no embelesamientos ideológicos con que se encubren los fines últimos de todos los partidos y sus políticos, que no son otros que la escalada a los sillones gubernamentales (...) la honradez, el patriotismo sano y la sabiduría no deben consentir que manos agiotistas y extrañas, en nombre de una adoración ritualizada a nuestros mártires, y pretextando una ayuda generosa, que no lo es, vengán a levantarnos la obra que debíamos levantar nosotros mismos." Un pesimista diría que esto, como hace 100 años, es imposible hoy; un

esperanzado afirmaría que lo que anhelamos es posible porque hace más de 100 años está planteado.

-**Pbro. Ariel Suárez:** Según mi modesta opinión, esta pregunta supone niveles diferentes. Todo cubano o cubana, según sus propias responsabilidades y funciones en el entramado familiar y social, debería sentirse llamado a sembrar la esperanza y a dar pasos concretos que generen más esperanza. En cualquier ámbito deberíamos ser personas amables, respetuosas del otro, cuidadosas de no herir a los demás, serias en el cumplimiento del deber, gentiles, veraces. Crear, por así llamarlo, un "ambiente" de cariño, de aceptación del otro, de alegría, de sincera amistad, dondequiera que nos desenvolvamos... es lo primero que todo el mundo podría hacer para testimoniar esperanza.

Al mismo tiempo, los que detentan el servicio de la autoridad deberían promover un proyecto incluyente y abarcador de todos los cubanos, para que, en el respeto debido a las diferencias, se pueda dialogar, soñar y ejecutar ese futuro que, ciertamente, ha de salvaguardar todo lo positivo que tenemos y desechar todo lo que nos empequeñece y daña. Hay que salvar el futuro, que se construye ya ahora, y que será justamente generador de esperanza en la medida

en que sea más inclusivo, más sereno, más pacífico y más respetuoso de todos.

Y los cristianos deberemos seguir proponiendo y testimoniando la Esperanza, con Mayúscula, de la que hablaba al inicio, porque tarde o temprano todo ser humano, pequeño o grande, humilde o importante, anónimo o famoso, se enfrenta a las grandes preguntas y las grandes realidades que tienen que ver con la vida y con la muerte, con el dolor y la limitación humana, con el Bien y el Mal, con el mañana con minúscula y el Mañana con Mayúscula: ese que para nosotros es plenamente luminoso, porque Cristo ha resucitado de entre los muertos, Vive para Siempre y nos aguarda.



**. . . debería abrirse
el debate sobre los
destinos de la nación,
desplegarse un proceso
participativo de
construcción de un
modelo de desarrollo
coherente e integral y
de una estrategia para
ponerlo en práctica,
que sea un verdadero
movimiento nacional
horizontal . . .**